LAS VISITACIONES DEL DIABLO*

por
EMILIO CARBALLIDO

Folletín romántico en XV partes
(dos fragmentos)

IX

*Preparativos y luego la velada en el casino.—Triunfo de Arminda.
Salida cauta de Félix.—Conversaciones.*

Al gran salón del casino se subía por una escalera alfombrada de rojo. La custodiaban dos pajes de bronce, que sostenían en alto sendos racimos de luces.

Desde arriba llegaba música de piano y cuerdas; los ojos de Arminda brillaban inusitadamente.

—¿No se me ha descompuesto el peinado?

—No, mujer, no—, rezongó Félix.

Ella se apoyó en el brazo de Lisardo para subir.

—Es que... tengo una que otra cana, debo peinarme con mucho cuidado para cubrirlas bien. Las pinturas aquí no sirven, ponen el pelo verdoso y opaco, feísimo. Vas a ver el de la señora Pratts: un espanto. Yo lo conservo muy vivo, ¿verdad?

—Muy vivo, muy bonito.

—Angela lo sacó a mí. Hoy me dolió un poco la garganta y me preocupé tanto... Pasó, no era nada.

Al cruzar el umbral se vieron, de cuerpo entero, entre las garras de una bestia furiosa: eran muchos espejos, de forma irregular, cada cual sostenido por los dientes, las uñas y la cola de sendos dragones dorados. Arminda se tocó levemente el peinado, lo aprobó.

Félix vio en torno. Un aplauso estallaba en ese momento y el quinteto daba las gracias desde lo alto del estrado.

Había muchos balcones: entre uno y otro, altos tripiés que mantenían en audaz equilibrio la exuberancia desbordante de unos enormes

* Fragmento de una novela en preparación.

helechos. Las cortinas, de inevitable terciopelo rojo, ostentaban en los doseles, unas, el escudo de la ciudad, otras, las iniciales del Casino.

No parecía muy abundante la concurrencia. La entrada de los Estrella, con su sobrino, fue advertida por varios personajes que se precipitaron a saludarlos.

Lisardo ya conocía a los Amezcua ("había quedado de visitarnos") y fue presentado al señor Dobbs, al doctor Saldívar y a las señoritas Beltrán, que usaban los escotes demasiado bajos para la flacidez de sus senos.

Había una heterogénea sillería adosada a los muros; se acercaron a unos lugares vacíos sin llegar a sentarse. Las Beltrán destacaban por su efusividad: no se cansaban de ponderar el gusto de que Arminda estuviera con ellas y le mostraban las novedades en torno:

—El *pouf* aquel, junto a la palma, lo forraron de terciopelo gris y quedó más elegante, ¿verdad?

—No habías conocido estos candiles. Los trajeron de Italia. ¿Le gustan, arquitecto?

Eran de Murano, cada cual un racimo colgante de traslúcidas flores multicolores. Los alabó Lisardo y ellas quedaron tan complacidas como si fueran las dueñas.

Dobbs empezó a hablar en inglés, así Lisardo y él se aislaron en una conversación árida pero grata al joven, sobre los sitios públicos más obvios de Londres y Nueva York.

El quinteto se dispuso a tocar de nuevo. Lo raído de sus ropas de gala evidenciaba que eran músicos profesionales. Atacaron con brío una fantasía sobre temas de "Eurianthe", que ocasionó murmullos aprobatorios.

Llegó el señor Roland y así Lisardo pudo platicar en francés. Roland hizo apartes en español, para elogiar la pronunciación del joven e inquirió novedades de "mi ciudad natal, París, ¡ah, París!" que no veía desde hacía doce años.

Hubo un respiro en que Arminda, resplandeciente de orgullo, susurró al oído del sobrino:

—Ojalá vengan los Giusti, para que puedas hablar en italiano.

Seguía aumentando la concurrencia; ya nadie se recataba para conversar en voz alta, sin importarles el quinteto, que continuaba su melodiosa faena.

Los Castorena habían llegado y tiempo les faltó para hablar de su soñado pabellón morisco. Vino a interrumpirlos una dama: a juzgar por su pelo verdoso debía de ser la señora Pratts. Era, y procedió a contar el cuento de la soltera y el médico, que hizo ruborizar a las Beltrán pero

que todos celebraron con carcajadas. Ella siguió adelante con el de las monjas y el perico, el cual molestó un tanto a Arminda, por su matiz irreverente. La señora Pratts no paraba: vinieron otros cuentos de pericos y varios de yucatecos. Lisardo fue alejándose en forma imperceptible: empezaban a dolerle los pómulos de tanto reír ficticiamente.

Arminda lo alcanzó en el balcón, donde él fumaba a solas, y empezó a hablarle con cierta ansiedad:

—Clementina es muy graciosa, pero no sabe cuándo detenerse; es capaz de contar cuentos la noche entera; en boca de otra resultarían vulgares, con ella no, ¿verdad?

—No, claro. ¿Qué edificio es aquél?

—Es el teatro, pero aquí llegan las compañías muy de tarde en tarde. La última vez vimos "El Conde de Montecristo", con un actor extraordinario. ¿Cómo se llamaba?

Un mozo vino a ofrecer copas y Lisardo tomó dos, una para la tía.

—Antes de cantar, no debería, pero si tú me la ofreces. . . —Bebió.

Oyeron que el piano sonaba preludiando la "Serenata" de Schubert y que una voz grave y un tanto temblorosa entonaba:

—A-al claror de tri-iste luna,
faro de-el pesar,
e-el rigor de mi-i fortuna
vengo a lamentar. . .

Se había hecho un gran silencio.

—Es el doctor Saldívar. Ven.

Entraron y quedaron de pie, junto a un helecho que les chorreaba sus hojas encima.

—Ba-ardo soy que busca errante
lauros pa-ara ti. . .

—Yo voy a cantar después de que la Nena López toque una "Hoja de Album". Ya nos pusimos de acuerdo.

Lisardo aceptó otras dos copas y aunque Arminda protestó vivamente ("no debo, te digo que no debo") terminó por beber con fruición.

—Premias hoooy miiiii feeee. . .

Entre grandes aplausos, el doctor Saldívar se retiró.

—No se sabe otra, por eso no repite —aclaró Arminda.

La Nena López tendría unos 18 años.

—Es mona. Se viste muy mal, pero toca muy bien.

Por desgracia los nervios hicieron trastabillar dos veces a la pianista. Se olvidó de la música a media pieza, volvió a empezar. Cuando acabó,

salió corriendo sin hacer caso a la benévola ovación. Su madre vino a avisar después que estaba llorando.

—Es una muchachita tan sensible...

Llegó el momento de Arminda. Lisardo admiró su aplomo para ascender al estrado. Apenas si agradeció el aplauso con que la recibieron, una sonrisa leve y una pequeña inclinación de cabeza. Fijó la vista en un candil; el pianista del quinteto preludió mientras ella parecía pensar en otra cosa. Luego, en el momento justo, dejó salir la voz, pequeña y afinada. Hacía ademanes elegantes y medidos, de acuerdo con el significado de su texto en desastroso italiano. Buscaba sin rubor la actitud de la diva y se veía guapa, incluso joven. Terminó después de un agudo largo, bien mantenido, con las dos manos unidas a la altura del corazón.

La ovación fue estruendosa y Lisardo aplaudió con ganas, sintiendo un orgullo un tanto divertido por el éxito de su parienta. La obligaron a repetir y ella, después de su Bellini, creyó adecuado interpretar la "Pierrette", de Mme. Chaminade, arreglada para canto por el maestro del Paso.

Volvieron a ser desorbitados los aplausos, pero ella se limitó a agradecerlos con elegancia y alegría, y bajó a reunirse con el sobrino.

—Ahora si puedo beber cuanto quieras.

—Estuvo usted... extraordinaria.

—¿Te gustó? Me sentí bien de voz. Querían que cantara otra, ¿los oíste?, pero no voy a estar como la pobre de Aurora Ramos, que nada más la aplauden y sigue canta y canta, después ya nadie sabe cómo callarla. Ahí vienen las copas.

Bebió y brindó con el grupo creciente de amistades que la felicitaban. Lisardo fue atrapado de nuevo por los Castorena y su pabellón morisco; llegaron los de la proyectada fuente, luchando por imponerse a la atención del arquitecto. Estos, además, insistían en hablarle un francés muy extraño, que no lograba entenderles del todo.

Una presión inesperada vino a alejarlo de la obsequiosa asiduidad de sus compañeros: la gente se desplazaba hacia el fondo del salón y ahí dos grandes puertas se habían abierto. Daban a un corredor con suelo de mosaicos, en el centro del cual estaba una mesa tan larga que fueron necesarios tres manteles para cubrirla. La habían regado de rosas rojas. Carnes frías y ensaladas, galantinas de pollo y de pescado, castañas cristalizadas, bocadillos de almendra, habían sido distribuidos sobre cristales cortados y porcelanas francesas o austriacas.

—Casi todo lo han hecho las monjitas —explicó Arminda mientras ponía el plato en manos de Lisardo—. Cocinan como los ángeles.

Un muro de cristales opacos cerraba un lado del corredor. En la pared había varios nichos, desde los cuales espiaban, con expresiones malencaradas, una serie de rostros petrificados.

—Son bustos de los fundadores y benefactores del Casino —explicó a Lisardo la Beba Agostini—. Si quiere, mi papá puede contarle cómo se llaman y lo que hicieron.

Lisardo prefirió inmensamente la compañía de la joven; ella se ruborizó, muy complacida.

Con risas y grititos fue recibido el primer vino regado en los manteles. A una imprecisa timidez para servirse o para principiar a comer, había seguido una gula ficticiamente infantil, que con gestos ingenuos y risotadas convertía en una especie de broma el volver a servirse, o incluso el arrebatarse los últimos fragmentos de alguna carne.

Se partió un gran pastel, cuyas paredes interiores ostentaban la rara propiedad de ser a cuadros: chocolate y vainilla. Y así todos hacían conjeturas de cómo pudieron haberlo horneado y repetían la dosis, a fin de investigar.

Lisardo extendió con descaro una de aquellas servilletas de lino, tan bordadas y llenas de encajes. Allí depositó una tajada del pastel cuadrículado, varias castañas, unos dulces de almendra y una rosa. Envolvió todo con cuidado; primero trató de echárselo al bolsillo. Luego, pensó mejor y se abrió paso al salón principal. Ahí, cerca de la salida, entre la fronda complejísima de un helecho, depositó pulcramente su envoltorio.

Regresó al comedor. Empezaban a circular el coñac y el café.

Félix y Arminda estaban juntos por vez primera en la noche. Con ellos, un matrimonio de extranjeros, a los que fue presentado como si se encontrara ante gente muy especial.

—Son los señores Dumesnier —le aclaró Castorena con reverencia. Lisardo dijo:

—¡Ah!

Una rubia enorme, asombrosamente pródiga en carne, era la señora Werner y lamentó mucho que Lisardo no hablara alemán. Ella estaba metida en temas de hondura:

—¿Cómo pretenden, sin el dinero extranjero, que haya industria en este país? —decía.

Porque Dumesnier había mostrado un papel que sacó de la cartera e hizo circular en el grupito. Estaba garrapateado con una letra torpe y clara: "Los trabajadores deben defenderse y no permitir que los extranjeros los sigan robando".

—Es mi diploma. Me lo dan los obreros mexicanos por los años

que les he dado de mi vida —decía con voz humorística, que todos consideraban dolida y llena de sarcasmo.

—¿Pero de dónde salió este papel? —preguntaba el señor Amezcua.

—Lo hicieron circular en la fábrica —dijo Félix.

La señora Pratts sacudió la cabeza y recordó un cuento a propósito: el del perico que se cayó en la caldera. Tuvo muy poco éxito.

—Es que esos chistes no los entienden los extranjeros —la consoló Arminda, por lo bajo.

Dumesnier comentaba que no eran sólo insultos: había también conspiraciones. Tenía noticia de papeles en que se organizaban reuniones clandestinas.

—Yo no sé que pretenden, no lo sé.

—Sería muy bueno que todos nos largáramos —dijo la Werner—, y nos lleváramos nuestro dinero.

Se escucharon murmullos horrorizados. La señora de Amezcua dijo que a ellos y sólo a ellos se debía esta vida social que ahora disfrutaban.

—... Esos niños aprenden a trabajar. Si no fuera por la fábrica, ¿qué harían? Iniciarse en el vicio y en la... ¿cómo se dice? —El español de Dumesnier era un tanto impreciso.

—En la vida airada —le apuntó la señora Pratts.

Lisardo aceptó más coñac.

—Finas personas, ¿no? —le murmuró Arminda—. Y: No sueltes a la Beba Agostini. Sus padres son los que quieren casa reconstruida.

Habían empezado a oírse otra vez las apagadas voces del quinteto (fantasía de "Los Puritanos") y la concurrencia fluía de nuevo hacia el salón. Lisardo acompañó a Arminda, mientras Félix permanecía con sus importantes amistades.

—Los Werner son accionistas de la cervecería. ¡Tienen dinero...! Pero son gente de poco gusto. Sosita la Agostini, ¿verdad? No la educaron bien, parece rancherita. El vestido que trae es divino, pero así no se lleva la ropa.

Habían abierto de par en par los balcones; las corrientes de aire limpio volvían muy perceptibles los olores a perfume y comida mientras iban barriéndolos.

Lisardo vio la plaza solitaria, las palmeras raquílicas, el curioso Palacio Municipal, todo de hoja de lata, comprado en la Exposición Universal de Bruselas.

En el balcón, por contraste, hacía frío, pero permaneció ahí, hasta que una mano en el hombro lo hizo volverse: su tío Félix.

—¿Te encargas tú de Arminda? —preguntó en voz muy baja.

—¿Yo? ¿De ella?

—Sí.

—Por supuesto, si es que usted...

—Mira. No voltees mucho.

Con los ojos le señaló a la enorme rubia, que estaba cerca de la salida.

—Voy a dejar a la señora Werner a su casa. La pobre tiene al marido en Alemania desde hace cuatro meses.

Hizo un levísimo guiño cómplice y apretó el codo de su sobrino.

Lisardo asintió, trató de poner un rostro adecuado al entusiasmo del otro.

—Dile a Arminda que... los Dumesnier me llevan, para discutir algo urgente. Los vi marcharse hace un momento.

Sonrió pícaramente, se alejó. Lisardo vio el gozo con que hundía los dedos en el brazo abundantísimo de su compañera, mientras salían. Ella sonreía con pudor.

El quinteto había principiado otra fantasía (sobre temas de "Don Pasquale"). Lisardo había aceptado otra copa, cuando Arminda lo abordó.

—Se largó Félix, ¿verdad?

—Sí, tía.

—Con la gorda mantecosa, la Werner, ¿verdad?

—... No... tía. Con los Dumesnier.

—No quieras taparlo. Si todo el mundo lo sabe. Qué bueno. Así no estará importunando con que es muy tarde y podremos quedarnos cuanto queramos.

Vio que Arminda tenía las mejillas demasiado encendidas y una copa en la mano. Se sonrió con ella, incómodamente.

—¿Estás contento? Para mí, después de tanto tiempo de encierro... Ya no sé cuánto, he perdido la cuenta... Es volver a vivir, a respirar, a convivir con mis semejantes. No puede ser que la vida se consuma entre cuatro paredes, con mi pobrecita niña enferma y un marido que no me importa. Porque no me importa, ¿sabes? —Emitió una risita más bien ficticia—. Y él con tanto misterio, se cree que me hace tonta. No me importa *nada*.

Pero tenía la boca endurecida y por un momento se le nublaron los ojos.

—¿Estoy guapa? ¿Me conservo? En serio, dímelo.

—Está muy guapa, muy joven, muy atractiva.

—¿De veras?

—De veras.

—Eso pienso. No estoy ciega, me comparo. Entonces... ¿por qué? Tú, como hombre, has de entenderlo. ¿Por qué? Tu tío y yo, hace ya tantos años que... —Bebió—. ¿Tú entiendes por qué?

Parecía intrigada con el enigma, y triste. Luego volvió a brillarle la mirada.

—Ven. Vamos a saludar a los Estrada. Son divinos.

Tomó a Lisardo de la mano y lo condujo a través de los grupos de gente.

El volvió a sonreír, y escuchó cuentos y fragmentos de existencias privadas, que no le concernían, y descripciones de pequeños viajes, y relaciones íntimas, y después fueron con otro grupo y con otro. Y Arminda le repetía de vez en cuando:

—Me alegro tanto que se largó Félix.

X

*Termina la velada en el Casino.—Conversaciones nocturnas.
La tercera visita del diablo.*

Desde el balcón más próximo al estrado se veía claramente el reloj de la parroquia. Sus cuatro campanadas penetraron vibrando e hicieron evidente lo ralo de la concurrencia restante. Hubo un silencio general.

La señora Ponce hizo una pausa y siguió describiendo, a un grupito de amigos, el matrimonio de su hija. Ellos gozaban cotejando la esplendorosa versión con la modesta ceremonia en que todos habían estado.

Lisardo admiraba con decaimiento la inagotable animación de Arminda y cómo se aferraba al menor pretexto para cintilar y disfrutar: lo retiraba de un grupo para llevarlo a otro y a otro, de los ya escasos, que enfatizaban lo vacío del salón.

—Creo que es hora de irnos —dijo alguien, en voz alta.

Pareció una señal: empezaron a desfilar todos al guardarropa, todavía riendo y comentando los incidentes de la noche, como algo ya pretérito y maduro para ser devorado por el chisporroteo distorsionado de las conversaciones.

La calle se afantasmaba tenuemente, con un vaho empañado que había traído la madrugada. La procesión de coches principió a llegar. Tenía remotas insinuaciones funerarias, porque todos eran oscuros y avanza-

ban despacio, y sus fanales venían rodeados por un halo disperso y daban poca luz.

Los cocheros abrían las portezuelas ceremoniosamente; las personas que aún reían en la acera sentían el aire muy frío, pegajoso de humedad, y desaparecían con prisa, tragadas por la sombra del interior de los vehículos, que iban eliminando grupos y parejas, para luego alejarse con parsimonia.

Las despedidas, las últimas risas, las últimas frases se dispersaban en aquel ámbito abierto y vaporoso.